

Andrés Alberto Masi

Los tiempos de Alfonsín

Andrés Alberto Masi

Los tiempos de Alfonsín

La construcción de un liderazgo democrático

Masi, Andrés ALberto
Los tiempos de Alfonsín: la construcción de un liderazgo democrático . - 1a ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capital Intelectual, 2014.
512 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-614-440-7

1. Historia Política Argentina. I. Título
CDD 320.098 2

Fecha de catalogación: 03/04/2014

Diagramación: Verónica Roca
Diseño de tapa: Silvina Simondet
Edición: Sergio Bufano
Corrección: Aldo Giacometti
Coordinación: Inés Barba
Producción: Norberto Natale

Foto utilizada para la ilustración de tapa: © Lucio Solari, Gentileza Diario *La Nación*.

© Andrés Masi, 2014
© Capital Intelectual, 2014

1ª edición: 2.000 ejemplares • Impreso en Argentina

Capital Intelectual S.A.
Paraguay 1535 (1061) • Buenos Aires, Argentina
Teléfono: (+54 11) 4872-1300 • Telefax: (+54 11) 4872-1329
www.editorialcapin.com.ar • info@capin.com.ar

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar
Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723. Impreso en Argentina.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

A Martina, un milagro de la vida
A Laura, mi amor, mi cómplice y todo
A la memoria de Adriana

Agradecimientos

A la Escuela de Política y Gobierno (EPG) de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), por su estímulo a la investigación y por su afán de innovación en estudios de posgrado. A su titular, el doctor Marcelo Cavarozzi por hacer realidad, con su impulso al programa de formación doctoral, el deseo de muchos hombres de provincia de alcanzar este nivel de estudio. Mi agradecimiento por abrirnos las puertas de la EPG, que tan dignamente dirige y, ante todo, porque he tenido la oportunidad de conocer a una persona de gran calidad humana.

A María Matilde Ollier, quien ha sido capaz de transmitirme su pasión por la política. Quiero destacar la comprensión demostrada a lo largo de la investigación y, ante todo, una actitud que demuestra su grandeza como persona: aceptar ser mi profesora tutora y directora de tesis sin haberme conocido. Sus críticas, aportes y contribuciones, dirigidas a expandir mis razonamientos y hacerlos trascender las fronteras a los que yo los había confinado, han constituido valiosas fuentes que han permitido elaborar este trabajo. Espero que el tiempo robado haya merecido la pena.

A Florence Pinot de Villechenon y Rodrigo Zarazaga, quienes confiaron en mí, demostrando gran preocupación por

mis estudios doctorales y apuntalando mi esfuerzo a pesar de la distancia.

A las siguientes instituciones que contribuyeron a impulsar esta investigación: la Universidad Católica de Cuyo, el Instituto del Carmen y la Municipalidad de San Rafael. Sin sus respaldos, mi formación doctoral no hubiese sido posible.

A mis entrevistados, por haberme hecho un lugar en sus nutridas agendas, que abrieron las puertas de sus casas para dialogar conmigo sin tiempos sobre el objeto de estudio.

A mis amigos del Grupo San Martín: María, Valeria, Alejandro, Christian, Dante, Gabriel, Marcelo y Ricardo, por el afecto prodigado durante mis estadías en Buenos Aires, con quienes hemos procurado desentramar, a veces con éxito y otras no tanto, lo que la realidad política nacional intentaba comunicarnos.

A Eduardo, Gabriel, Luca y Julio, porque, con su constante preocupación por esta investigación, expresaron su maravillosa condición de amigos.

A mis queridos padres, por inculcar en sus hijos el valor del estudio y entenderlo como un mecanismo que promueve superación personal y movilidad social. A mi madre, por todas las causas que un ser humano pueda imaginar. Por su apoyo incondicional a nuestra decisión de estudiar, expresada en los innumerables títulos de grado y posgrado de sus hijos y nietos.

A Analía y Liliana, por haber estado a mi lado en todo momento, y porque siempre han constituido un espejo en el que este hermano menor ha tratado de mirarse.

A Laura y Martina, quienes saben lo gratificante que ha sido el desarrollo de este trabajo, a pesar de que fueron obligadas a soportar esta aventura. El tiempo ha sido robado a ellas y, no obstante, han manifestado el cariño que solo grandes mujeres se encuentran en condiciones de dar. Su comprensión e infinita paciencia permitieron concretar un proyecto que dejó de

ser una determinación personal para constituir un emprendimiento de familia. En consecuencia, son copartícipes de todos los aciertos que este libro pueda tener. A ellas, mi compromiso de una mayor y justa dedicación en tiempos futuros. aguardo que puedan ver en este emprendimiento una muestra de mi agradecimiento y mi amor.

Sería ingrato concluir sin mencionar a dos personas que han sido sostén de mis aventuras personales y académicas y, que en esta instancia, no me acompañan: mi padre Alberto y mi hermana Adriana, quienes estarían orgullosos de este trabajo. Sirva como humilde homenaje a sus personas, cuyos ejemplos han constituido una valiosa guía para mi investigación y para mi vida.

A todos mi reconocimiento y gratitud.

Introducción

En este libro se aborda el liderazgo presidencial de Alfonsín en el contexto de la transición democrática argentina. Las particularidades de dicho liderazgo han sido insuficientemente trabajadas, no obstante su impacto en la recuperación del orden constitucional y en las fases siguientes del desarrollo democrático. Los esfuerzos se han concentrado en torno a las problemáticas políticas y socioeconómicas atravesadas por el presidente durante su gestión gubernamental y su relación con los actores partidarios y corporativos, pero no han aportado marcos explicativos suficientes que exploren los recursos para la construcción y consolidación de su liderazgo, la incidencia de la economía sobre el mismo y los recursos de la oposición político-corporativa.

Esta investigación aborda el papel de Alfonsín según la justificación teórica ofrecida por Ollier (2008), quien interpreta el liderazgo como “la actividad que entraña la forma de gobernar de un presidente, la cual significa la existencia de lazos que el jefe de Estado efectúa con los actores políticos, con los otros poderes estatales y con la sociedad en su conjunto”¹. Esos nexos puestos en marcha a través de diversos mecanismos encierran, entre sus objetivos centrales, que el presidente genere resulta-

dos favorables para la sociedad en un contexto nacional y en un período de gobierno. La perspectiva focaliza en los recursos objetivos y subjetivos que un presidente posee (o no) o es capaz de generar (o no). Los recursos objetivos se despliegan en el marco político-institucional en el cual se encuentra: el partido o coalición de gobierno, las diversas instituciones y dimensiones donde se expresa y los actores e instituciones sobre los que posee algún control (sindicatos, Fuerzas Armadas, gobernadores, etcétera). Los recursos subjetivos se definen a partir del uso que el presidente hace de los recursos objetivos y de su capacidad para generar nuevos. Los recursos de un presidente, en tanto se desenvuelven en un contexto socio-económico caracterizado por ciertos problemas que debe resolver, se encuentran impactados positiva o negativamente por ese contexto, que se denomina “factor externo a la dinámica política”.²

En igual dirección, para comprender el alcance de los recursos presidenciales se torna necesario atender a los recursos de los actores partidarios y corporativos y su incidencia en la dinámica oficialismo/oposición. En el caso específico de nuestro objeto de estudio, la investigación no se agota exclusivamente en el análisis de los recursos de Alfonsín en el período 1983-1989, sino que se esfuerza por explorar el grado de movilización de recursos objetivos y subjetivos de parte de la oposición político-corporativa. Esta perspectiva permite un abordaje innovador del liderazgo de Alfonsín desde múltiples aristas: el marco político-institucional en el cual se encuentra, sus propias condiciones políticas para conducirse en ese ámbito y los recursos objetivos y subjetivos a su alcance.

En consecuencia, la pregunta de investigación es: ¿Qué recursos (objetivos y subjetivos) se configuraron como potenciadores y cuáles como limitantes del liderazgo presidencial de Alfonsín?

Nos propusimos explorar las características del liderazgo presidencial (LP) de Alfonsín en el marco de la transición democrática argentina y las particularidades de las transiciones democráticas de América Latina. Por su parte, el objetivo específico consistió en analizar los recursos del jefe radical para la construcción y consolidación de su liderazgo, la incidencia de la dimensión económica sobre el mismo y los recursos de la oposición político-corporativa.

Se apuntó a corroborar que la construcción y consolidación del liderazgo de Alfonsín se encontraron asociadas a un recurso clave: el apoyo de la ciudadanía, que le permitió contrarrestar los recursos de la oposición político-corporativa, especialmente entre 1983 y 1987. La arremetida y la actitud no cooperativa de esa oposición y una dimensión económica adversa (factor externo) debilitaron su liderazgo, motorizaron el agotamiento de ese capital político (apoyo ciudadano) y fueron clave en su salida anticipada del poder.

Capítulo 1 (1966-1981)

Alfonsín: el surgimiento de un referente democrático

Los estudios sobre Alfonsín ocupan un lugar distinguido en la historia política argentina desde la década del 80 hasta la actualidad. Los esfuerzos académicos se han concentrado en torno a las decisiones públicas asumidas por el líder radical, las problemáticas políticas y socioeconómicas atravesadas por su gestión y su vinculación con los actores corporativos y partidarios, pero no han aportado marcos explicativos suficientes para dar cuenta de la construcción de su liderazgo.

Construye la jefatura radical

Alfonsín nació el 12 de marzo de 1927 en Chascomús (provincia de Buenos Aires), una ciudad agrícola-ganadera situada a 120 kilómetros de la Capital Federal. Su padre, Serafín Raúl Alfonsín Ochoa, era un reconocido comerciante minorista de la ciudad descendiente de españoles (su abuelo paterno un inmigrante gallego republicano) y su madre, Ana María Foulkes, descendiente de inmigrante galeses.³ Su abuelo materno, Ricardo Foulkes, participó activamente en las fracasadas revoluciones radicales de 1903 y 1905, encabezadas por

Hipólito Yrigoyen contra los presidentes Julio Argentino Roca y Manuel Quintana, y fue electo concejal radical de Chascomús para el período 1928-1930.

En 1933 Alfonsín inició sus estudios de enseñanza primaria en la Escuela Normal Regional de Chascomús y en 1940 ingresó al Liceo Militar “General San Martín”, graduándose como bachiller y con el grado de subteniente de reserva. En esa institución conoció a tres figuras centrales del Proceso de Reorganización Nacional (PRN): Leopoldo Fortunato Galtieri, presidente de facto (1981-1982); Albano Harguindegui, ministro del Interior de Jorge Rafael Videla (1976-1981) y Jorge Isaac Anaya, miembro de la tercera Junta.⁴ Su experiencia militar marcó sus pasos posteriores: “mis cinco años en el Liceo sirvieron para que me cansara de los militares”⁵ Sus estudios de nivel superior fueron realizados en la Universidad Nacional de La Plata, donde egresó como abogado en 1950. A diferencia de otros referentes radicales, no participó activamente en agrupaciones universitarias.⁶

En 1949 se casó con María Lorenza Barrenechea, con quien tuvo seis hijos: Raúl Felipe (1949), Ana María (1950), Ricardo Luis (1952), María Marcela (1953), María Inés (1954) y Javier Ignacio (1956). Ese mismo año inició su participación política atraído por la prédica de Ricardo Balbín, Crisólogo Larralde y Moisés Lebensohn en el Movimiento de Intransigencia y Renovación (MIR).⁷ Afiliado a la UCR, obtuvo el mandato de vocal en el comité local (período 1951-1953) y, en los comicios municipales de 1954, logró una banca en el Honorable Concejo Deliberante de Chascomús. Un año más tarde sufrió un corto período de prisión (16/06/55-23/06/55) por su oposición al gobierno justicialista y, en septiembre, su mandato como concejal fue interrumpido por el golpe de Estado de 1955.

La destitución de Juan Domingo Perón fue recibida por Alfonsín con satisfacción:

recibí la Revolución Libertadora como una liberación. Me sentía perseguido y amenazado. No había seguridad ni para mí ni para mi familia. La arbitrariedad había llegado a constituirse en un peligro para todos [...] Era explicable que recibiera el episodio como una liberación, si yo había vivido toda la etapa previa como una dictadura que había acentuado su carácter de tal con el paso del tiempo y que en sus postrimerías había vuelto insoportable. Esta actitud no se contradice con mi prédica en defensa de las instituciones, porque siempre he sostenido el derecho a resistir a la opresión.⁸

En los sucesivos períodos constitucionales, su ascendente *cursum honorum* dentro de la UCR lo posiciona como referente de relevancia: asume la presidencia del Comité de Chascomús (1956-1958 y 1959-1961), tras lo cual se desempeña como delegado al Comité de la provincia de Buenos Aires (1961-1965). En noviembre de 1965 es elegido presidente del Comité Provincia de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP) e inscribe su precandidatura a gobernador por Buenos Aires en los comicios a celebrarse en 1967, suspendidos por la interrupción institucional de 1966.⁹

Alfonsín se mantuvo fiel a Balbín en su enfrentamiento con Arturo Frondizi, pugna que escindió la UCR para las elecciones presidenciales de 1958. En tanto que Frondizi lideró la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), partidaria del pacto con Perón, Balbín descartó un acuerdo con el caudillo justicialista. A juicio de Alfonsín,

esa crisis no era un conflicto de ideas. Era más bien un conflicto entre el comportamiento consecuente [...] y la inconsecuencia que muchas veces viene aparejada con los modos demasiado fríos y especulativos de expresar una idea.¹⁰

En 1958 es electo diputado provincial y en 1962 renueva su cargo por cuatro años, troncado por la interrupción militar de ese año. En 1963 accede al Congreso Nacional como diputado

y es designado vicepresidente de bloque y presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda de la Cámara Baja. Autor de numerosos proyectos de dinámica perspectiva social, deja su banca en junio de 1966 cuando el gobierno constitucional de Arturo Illia es destituido por las Fuerzas Armadas.¹¹

El primer desafío a un gobierno *de facto* le cuesta un breve paso por la cárcel. Durante el régimen militar conducido por Juan Carlos Onganía (1966-1970), Alfonsín genera tres hechos políticos desafiantes: en 1966 brinda una conferencia de prensa en la que manifiesta su repudio al golpe militar; intenta reabrir sin autorización oficial el Comité Provincial de la UCR (17/11/66) y realiza una reunión política en plena veda, en la que expresa su enérgico rechazo a las medidas instrumentadas por la dictadura (02/04/68). Fue detenido por fuerzas de seguridad y sentenciado a 30 días de prisión, aunque el castigo se levantó días después (07/04/68).¹² A criterio suyo, la Revolución Argentina suponía

la culminación del período comenzado en 1930. Con vigor y desparpajo proclamó su autoritarismo y no ocultó su intención de edificar nuevas instituciones sobre la base de un apoyo clérico-militar-sindicalista. En el transcurso de poco tiempo transformó el ordenamiento jurídico del país, convirtiendo a Argentina en el país de occidente donde más vulneradas se encuentran las garantías constitucionales y las libertades públicas.¹³

En 1968 responsabilizó al régimen militar por la ola de violencia imperante:

El actual gobierno es la culminación de la deformación nacional, pero esta no nace con él. Por eso nuestra acción no puede orientarse exclusivamente a su derrocamiento, que aunque imprescindible, no constituye en sí ninguna garantía de solución permanente [...] La libertad tiene el sentido de una lucha del hombre para obtener su liberación con respecto a todas las formas de opresión, particularmente a los abusos del poder económico y del poder del Estado.¹⁴

Sus movimientos a favor de una renovación partidaria, su defensa del régimen democrático, su confrontación con el régimen de Onganía y su discurso socialdemócrata constituyeron estrategias que le permitieron atraer las facciones jóvenes de la UCR. Federico Storani manifestaba:¹⁵

Nuestra primera adhesión a su figura se vinculó con la militancia que Alfonsín desarrolló con vigor durante la dictadura de Juan Carlos Onganía a pesar del aparato represivo que montó el onganiato instalado en 1966, un régimen que estaba impregnado de un fuerte contenido corporativista y antipolítico. Su permanente preocupación por reorganizar el radicalismo, por mantener activas las relaciones con las otras fuerzas políticas en la lucha antidictatorial y por la suerte de los innumerables presos políticos y víctimas de la dictadura de Onganía, transformaron a Alfonsín rápidamente en uno de los máximos referentes del progresismo partidario.¹⁶

Se desempeñó como periodista político entre las décadas de 1960 y 1980. En 1960 escribió para *Adelante* (dirigida por Balbín), colaboró con la revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA y con *Entrelíneas*. En 1966 surge *Inédito*, una publicación en la que tiene la responsabilidad de su conducción junto a Mario Monteverde. Sus artículos son escritos bajo los seudónimos de Alfonso Carrido Lura y Serafín Feijoo. En 1971 se hace cargo de *El Imparcial*, colabora con *Replanteo* y en 1976 presenta un mensuario denominado *Propuesta y Control* (Pieske, 1987, pp. 31-32).

En noviembre de 1970 se constituye la Hora del Pueblo, primer ámbito de confluencia de la UCR y el Partido Justicialista (PJ). La decisión de Balbín de conciliar con Perón generó malestar en Alfonsín y los sectores juveniles de la UCR, que se profundizó al asumir Arturo Mor Roig como ministro del Interior de Alejandro Lanusse. Sin rechazar este ámbito, Alfonsín reivindicó la necesidad de la renovación partidaria. Entendía que la Hora del Pueblo configuraba un espacio articulado

entre las jerarquías partidarias y que un acuerdo de esa naturaleza obstaculizaba la construcción de un radicalismo con vocación mayoritaria.

A fin de disputarle espacios de poder a la conducción partidaria crea en 1972 el Movimiento Renovador Nacional (MRN), que expresa “su carácter nacional, popular, democrático y liberador”.¹⁷ Con la apertura electoral de ese año, los renovadores enfrentan en las internas a Línea Nacional (LN), tendencia moderada conducida por Balbín. Alfonsín impulsa su precandidatura junto a Conrado Storani (Rosario, 24/09/72), apoyado por la Junta Coordinadora Nacional (JCN), la agrupación estudiantil Franja Morada (FM) y los cuadros juveniles del partido.¹⁸ Si bien el MRN es derrotado, supera el porcentaje mínimo establecido por la Carta Orgánica para que una minoría partidaria obtenga representantes.¹⁹

En diciembre de 1975 Alfonsín es una de las personalidades que cofunda la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH), organismo creado a fin de efectuar un seguimiento del preocupante deterioro de los derechos humanos en el país. En primera instancia, la actividad del organismo se orientó a defender a las víctimas de la violencia generada por la Triple A y, en una segunda etapa, proteger los derechos esenciales violados en la dictadura.²⁰

La gestión peronista de 1973-1976 fue percibida por Alfonsín como una instancia de caos político, funcional al advenimiento del régimen militar de 1976-1983. Sostuvo oportunamente que

“no habrá solución en la Argentina si no nos damos cuenta de la necesidad de lograr una síntesis nacional, frente al desastre del gobierno, una alternativa válida, correcta, viable, sensata y precisa que nos permita salir del marasmo que estamos viviendo”²¹ y que “la ineptitud presidencial y la falta de respuestas estabilizadoras y legítimas por parte del entorno, en medio de una realidad económica de improvisación inocultable, y de una indisciplina

plina social anarquizante, más la presencia de organizaciones para la subversión y la violencia que angustiaron al pueblo, abrieron el camino para que las fuerzas armadas ocuparan el poder [...] La incoherencia y la falta de jerarquía de los gobernantes marcaron el rumbo de la declinación. Como saldo, quedó el pueblo solidarizado con sus bases y las Fuerzas Armadas con la suma de responsabilidades.”²²

En esa dirección, Alfonsín asumió una posición intransigente contra el régimen autoritario. A su juicio, el proceso militar tenía como punto de inicio el año 1966:

Con la caída de Illia, comenzó en realidad el PRN, es decir la Revolución Argentina en su primera etapa. La secuencia que llega hasta ahora (1983) es un solo gobierno de facto, con un breve intermedio peronista que le sirvió para tomar fuerzas. Las ideas de Onganía [...] serían las claves de la Junta Militar de 1976. Un solo golpe, en realidad, con dos etapas (1966-1973 y 1976-1983) que demuestran que el eficientismo militar es verificable o no en cualquier terreno, menos en el ejercicio del gobierno. El golpe del 66, continuado en 1976, con objetivos pero sin plazos, gastó nada menos que diez presidentes de la República y dejó un país dividido contra sí mismo, sin presencia internacional, con enconos sin precedentes, una guerra perdida y una fabulosa deuda externa. Ese golpe destruyó la creencia ciudadana en una moralidad mínima de sus gobernantes, pues llevó a una corrupción extravagante: deshizo a la vez la creencia ciudadana en el equilibrio de los mandos militares, pues no dejó desaciertos sin cometer, aun al precio de miles de vidas humanas.²³

Durante el régimen militar, Alfonsín desempeñó un papel trascendente al patrocinar recursos de hábeas corpus para determinar la situación de detenidos/desaparecidos, en momentos en que esa actividad era causa de desaparición, en abierto desafío al Proceso y la conducción de la UCR, que exteriorizaba un perfil moderado con el régimen.²⁴ Como integrante de esa asociación, realizó varios viajes y se entrevistó con los dirigentes de la Internacional Socialista (IS), a los efectos de denunciar la violación de derechos humanos en Argentina. En esos años

publica *La cuestión argentina* (1980), a la que le siguen *Ahora, mi propuesta política* (1983) y *Qué es el radicalismo* (1983).²⁵

El fallecimiento de Balbín, considerado un interlocutor privilegiado en la concertación con el régimen, disuelve la esperanza del proceso militar de estructurar una salida electoral con un referente civil y posiciona favorablemente a Alfonsín en la UCR, a pesar de la escasa aceptación del régimen hacia su figura y de su débil posicionamiento partidario. En consecuencia, sus acciones a favor de los derechos humanos, su confrontación con el régimen militar, su defensa del régimen democrático y un discurso contra los actores corporativos devienen tácticas que le permiten ganar el apoyo de la ciudadanía y espacios a nivel partidario. Con ese capital político, Alfonsín se apresta a enfrentar la transición.

El líder radical frente a la transición democrática

La problemática de las transiciones a la democracia constituye un eje de estudio importante para la Ciencia Política, situación reflejada en la bibliografía producida en la década de 1980.²⁶ No obstante esa producción, existe una multiplicidad de perspectivas teóricas que explican las diversas modalidades de tránsito desde un régimen autoritario a uno democrático.

Si bien una transición es entendida como el “intervalo de tiempo que se extiende entre un régimen político y otro”, en el contexto latinoamericano de fines de los 80 se aborda la transición hacia un régimen político definido: la democracia.²⁷ O'Donnell (1994, pp. 20-30) identifica dos instancias en la construcción de regímenes democráticos. Una primera transición se encuentra constituida por el período que se extiende desde el inicio de la descomposición del régimen autoritario hasta la instalación de un nuevo orden democrático, con rea-

lización de elecciones libres y transferencia de mando a las nuevas autoridades. En esta instancia se produce una redefinición y extensión de derechos tanto para individuos como para grupos en la sociedad. Una segunda transición corresponde al momento en que un gobierno democrático se transforma en régimen democrático.²⁸ Supone la modificación del régimen autoritario en sus procedimientos de representación política, de forma que las normas democráticas se convierten en el mecanismo básico para la toma de decisiones y la delimitación del ejercicio del poder. Esta etapa se singulariza por la presencia de instituciones consolidadas que se configuran en los espacios de decisión del sistema político.

Los procesos transicionales suelen desencadenarse bajo diversas modalidades:

a) pactados, en el sentido que los autoritarismos salientes negocian con la oposición las condiciones de la transición, promoviendo paulatinamente la actividad partidaria y regulando los tiempos políticos. Se entiende por pacto a

un acuerdo explícito aunque no siempre explicitado o justificado públicamente entre un conjunto selecto de actores que procuran definir las reglas que rigen el ejercicio del poder, sobre la base de garantías mutuas concernientes a los intereses vitales de quienes los acuerdan. Dichos pactos pueden tener una duración prescripta o depender meramente de un consentimiento que se va alcanzando sobre la marcha.²⁹

Y b) no controlados por el régimen autoritario, que implican una ruptura y se inician por la acción de la oposición, por un colapso militar u otros factores externos que lo obligan a retirarse. El caso de transición por colapso es el que conduce, con mayor probabilidad,

a un tipo más completo de democracia política [...] Pero, por las mismas razones, es también más probable que la pauta de democratización por

colapso conduzca al surgimiento de fuertes oposiciones desleales y a confrontaciones directas entre partidos, facciones e intereses organizados.³⁰

En ese sentido, la ausencia de pactos permite avanzar con mayor celeridad y menores limitaciones hacia la democracia. No obstante, en ausencia de acuerdos que articulen compromisos, las transiciones por colapso se muestran vulnerables en términos de estabilización y gobernabilidad. Una de las características de la transición hacia regímenes democráticos consiste en que las reglas del juego político no están delimitadas en forma precisa, atento a que se encuentran asociadas a un proceso de reconstrucción que depende del éxito o fracaso de los acuerdos institucionales desarrollados entre los diversos actores.

En el caso argentino, el desarrollo de los acuerdos y su efectivización en un pacto que delimite las características de la transición no llegan a concretarse. Si bien los disensos en el campo político exhiben dificultades, lo que concluye con cualquier posibilidad de transferencia pactada es la derrota de Malvinas. El desastre militar del Atlántico Sur deriva en una debacle que fuerza a los hombres de armas a entregar el poder en forma incondicional a un sistema partidario no renovado y especialmente a Alfonsín, un referente civil poco atractivo para el mundo castrense. La celeridad con que pierde el poder impide a la institución militar estructurar el proceso de transición y fijar las condiciones bajo las cuales abandona el control estatal (Nolte, 1995: 18), situación que genera ventajas y desventajas a las nuevas autoridades constitucionales. Una ventaja consiste en que Alfonsín se encuentra libre de compromisos y dotado de mayor autonomía, atento a la ausencia de un pacto en torno a la modalidad de abordar las cuestiones de Estado y la reconfiguración de la estructura socioeconómica del país. El rápido abandono del poder y la falta de una salida

institucional acordada implican, como desventajas, la imposibilidad de efectuar una lectura consciente de la crisis estatal y la responsabilidad de decidir en soledad la resolución de la cuestión militar. La indefinición en torno a las reglas del juego político opera como desventaja, debido a que se encuentra vinculada a un proceso de reconstrucción que depende del éxito o fracaso de las negociaciones institucionales entre Alfonsín y los diversos actores. En el caso argentino de 1983, el gobierno constitucional no debe hacerse cargo solamente de estructurar las reglas de juego del nuevo orden, sino también impulsar compromisos sociales y nuevas coaliciones que sienten la plataforma para el cambio del régimen social de acumulación, en el entendimiento que “sin esa modificación se hace más probable un retorno al pasado autoritario”.

En cambio, América Latina exterioriza un recorrido diferenciado respecto de nuestro país, debido a la existencia de diversas modalidades de salidas institucionales y el rol de los hombres de armas en ese proceso. Los hombres de armas dispondrán de mayor capacidad de maniobra para imponer un marco jurídico-legal que garantice la ausencia de investigación y penalización por los delitos de lesa humanidad. En Brasil, la amnistía es dictada por las fuerzas armadas (1979), abriendo un doble proceso: la posibilidad de amnistía para los exiliados y la absolución de los hombres de armas involucrados en la represión ilegal, norma que no sufre modificación en períodos posteriores. En Chile, la Ley de Autoamnistía impulsada por Pinochet, que inhibe toda instancia judicial en el período 1973-1978, no es derogada por gobiernos constitucionales sucesivos. En el caso uruguayo, el Acuerdo Naval de 1984 entre los militares y los partidos políticos cierra la investigación de las violaciones a los derechos humanos como requisito para la transición. En esta misma línea, el Congreso aprueba la Ley de Amnistía N° 15737 (1985) que acorta los

términos de encarcelamiento y libera a los condenados por terrorismo y en 1986 es sancionada la Ley de Caducidad, que extiende la absolución a todos los militares y miembros de las fuerzas de seguridad.

En este contexto y con este marco político se desarrolló el proceso de transición iniciado en 1983 y en el que debió desempeñarse Alfonsín y los actores corporativos y partidarios.

La renovación partidaria como estrategia

En la década de 1970 Alfonsín promovió una renovación orientada a reposicionar al radicalismo como fuerza política mayoritaria, perspectiva que generó querrela intrapartidaria con la jerarquía balbinista, proclive a aceptar un rol secundario de la UCR en el sistema de partidos.

En 1970 la posición partidaria de Alfonsín era endeble: 18 miembros (sobre 102) del Comité Nacional, 36 delegados de Renovación y Cambio (RyC) (sobre 318) de la Honorable Convención Nacional (HCN), un miembro (de un total de 10) en la Mesa Directiva del Comité Nacional y un presidente de distrito.³¹ A pesar de su debilidad, se pronunció contra el perfil asumido por la conducción radical en torno a su relación con el peronismo, especialmente en la Hora del Pueblo, primer ámbito de confluencia de la UCR y el PJ. Sin cuestionar el avance de este espacio interpartidario, se propuso confrontar al justicialismo en el marco de un sistema de partidos y derrotarlo en las urnas, un gran desafío político, teniendo en cuenta que el PJ nunca había sido derrotado en elecciones libres.

La tensión entre el jefe de RyC y Balbín se agudizó cuando Mor Roig asume como ministro del Interior de Lanusse.³² Empero, y si bien disiente con la actitud del nuevo ministro, deja asentado su acuerdo con el documento balbinista “Que

hablen los hechos”, a diferencia de otras facciones partidarias (lideradas por Arturo Illia, Eduardo Gamond, Felipe Gelli y Conrado Storani) que demandan la expulsión partidaria de Mor Roig, aunque moderan su perspectiva convocando a una reunión del Comité Nacional. Por su parte, Balbín pone un requisito para la aceptación de Mor Roig en el gabinete: “que el peronismo tenga una representación de similar importancia en el gabinete nacional”.³³

En esa dirección,

Balbín dio la sensación de estar intentando no comprometer al partido ni comprometerse él mismo con las fuerzas armadas, pero lo cierto fue que el balbinismo logró que la UCR del Pueblo aprobara el nombramiento de Mor Roig sin que tuviera que mediar un pronunciamiento claro y preciso del Comité Nacional o del jefe del radicalismo. Balbín, quien inmediatamente declaró no estar convencido del todo, pero que “acepta la decisión del partido”, traslada la decisión a la Hora del Pueblo, donde también fue aprobado el ingreso de Mor Roig al gobierno.³⁴

Alfonsín suma, con su tesitura crítica, adeptos que reivindican la necesidad de la renovación. Las primeras facciones que acompañaron su cuestionamiento fueron los cuadros juveniles conducidos por “Carlos Becerra [...] apoyado por Conrado Storani, Ramón Mestre y los sectores revolucionarios de la juventud”.³⁵ El estilo desafiante del jefe de RyC creó una nueva causa de tensiones intrapartidarias, especialmente en Buenos Aires, donde produjo un enfrentamiento con la tendencia de César García Puente, de Línea Nacional (LN), quien “no renegaba de su vieja amistad con el ministro del Interior”.³⁶ Empero, en el plenario previo del Comité Nacional de la UCR (12/06/71), Alfonsín emerge como dirigente sin haberse definido contra los cuadros tradicionales.³⁷ Sus planteos evitaron un enfrentamiento con Balbín debido a “su gran admiración por su gestión al frente del partido”.³⁸

El Gran Acuerdo Nacional (GAN) promovió nuevas fisuras partidarias.³⁹ Alfonsín toma distancia de esta iniciativa, porque la interpreta como una estrategia de Lanusse para encontrar la mejor salida para las Fuerzas Armadas y configurarse como el candidato acordado entre las principales fuerzas políticas. La eventual candidatura de este último a la presidencia obliga a las diversas facciones radicales a definirse en torno al tema. A diferencia del jefe del RyC, Balbín se expresa ambiguamente, y Sancerni Jiménez y Leopoldo Suárez no la descartan como alternativa (Ollier, 2005, p. 156).

En 1972 Alfonsín acepta la candidatura a delegado al Comité Nacional argumentando que

el extraño proceso partidario que hemos visto me colocó en la obligación de supeditar mi decisión personal a la que ustedes tuvieran. Como conocen, consideraba conveniente un repliegue y la formación de un movimiento interno. Pero ante las circunstancias que se han dado y vuestra insistencia, no tengo otra alternativa que acatar esa decisión [...] Preservaremos celosamente la individualidad de la UCR que, hoy más que nunca, debe inspirarse en la intransigencia yrigoyenista.⁴⁰

La respuesta de Balbín define los términos de su relación con el jefe de RyC: “hace siete años que trabajamos juntos y no pienso que alguien pueda creer que he traicionado principios del radicalismo”. Alfonsín responde al jefe de la UCR acusándolo de:⁴¹

a) no haber comprendido la reacción popular que terminó por arrancar al régimen la apertura hacia la institucionalización y asegurar el proceso democrático sin criticar al oficialismo; b) no haber comprendido la juventud ni tener poder de convocatoria y c) no haber sabido evaluar el papel del trabajo organizado.⁴²

La disputa en las internas para las elecciones de autoridades partidarias y las precandidaturas presidenciales (07/05/72) profundizó las disidencias entre ambos referentes, articuladas

alrededor de la identidad partidaria y de su lugar en el espacio político. En aquella confrontación “Alfonsín condujo la oposición a la propuesta balbinista de fijar al radicalismo en los términos en los que el justicialismo, especialmente el propio Perón, lo constituye como sujeto político”.⁴³

El posicionamiento de Alfonsín hacia 1972 prueba ser difícil frente a una jerarquía dispuesta a utilizar, en su propio beneficio, su poderosa posición partidaria. El triunfo balbinista en las elecciones es holgado, pero las elecciones exteriorizan el peso político de los cuadros renovadores. Balbín se impone con el 59,05% (44.012 votos) y Alfonsín obtiene el 40,94% (30.521 votos), situación que lo posiciona en debilidad partidaria: 28 miembros (sobre 102) del Comité Nacional, 87 delegados de RyC (sobre 318) de la Convención Nacional, un miembro (de un total de 10) de la Mesa Directiva del Comité Nacional y un presidente de distrito. En cambio, el balbinismo obtiene la presidencia del partido, 67 miembros (sobre 102) del Comité Nacional, 228 delegados (sobre 318) de la Convención Nacional, 9 miembros (de un total de 10) de la Mesa Directiva del Comité Nacional y 20 presidentes de distrito.⁴⁴

Entre las maniobras que impulsa Alfonsín se destaca su apelación al consenso con otras facciones para promover una renovación partidaria. Luego de las internas, se construyen acuerdos para la reunión constitutiva del nuevo Comité Nacional y la elección para definir la fórmula presidencial. En la Convención Nacional (16/06/72) desafía nuevamente a la conducción radical, al estructurar acuerdos con Línea Córdoba (LC) destinados a impedir la reelección de Balbín al frente de la UCR. Cuando se reúnen los delegados y se decide la elección de este último como máxima autoridad partidaria, los delegados de RyC y LC concluyen absteniéndose “para no convalidar la elección del nuevo presidente”.⁴⁵ El acuerdo constituye un antecedente significativo de lo que ocurrirá en 1982, cuando

se concretará una nueva alianza entre ambas facciones para las internas presidenciales.

En septiembre de 1972 Alfonsín generó un cambio en las relaciones intrapartidarias por medio de la creación del Movimiento Renovador Radical (MRN), facción que promueve un perfil socialmente progresista, comprometida con las libertades civiles y los valores democráticos, menos conciliadora con el peronismo y dispuesta a disputarle la precandidatura presidencial al balbinismo, en el marco de la convocatoria a elecciones efectuadas por Lanusse. Impulsa su precandidatura a presidente junto a Conrado Storani (Rosario, 24/09/72), apoyado por la Junta Coordinadora Nacional, Franja Morada y la juventud partidaria, convencido de que

No somos una circunstancia en el radicalismo. Por ello, somos los más celosos custodios de su unidad. No nacemos para una elección interna. Venimos a remozar nuestro partido y a convertirlo en vanguardia del proceso de liberación de nuestro pueblo. Somos la fuerza vital del radicalismo de todos los tiempos, el que renació en cada momento difícil de Argentina, el que enfrentó al fraude y al régimen, el que luchó contra las dictaduras militares y toda forma de opresión, y el que estuvo en la Córdoba del 69 y en cada movilización popular de los últimos tiempos.⁴⁶

Las estrategias de Alfonsín en las elecciones internas (26/11/72) se mostraron nuevamente insuficientes para superar el poderío oficial. La fórmula Balbín-Gamond logró 308.009 votos (54,39%), mientras que Alfonsín-Storani (MRN) obtuvo 258.209 votos (45,61%).⁴⁷ Si bien el MRN fue derrotado y quedó en inferioridad partidaria, superó el piso del 25% que la Carta Orgánica demanda para que una minoría obtenga representantes. Los resultados marcaban el avance de una visión progresista dentro de la UCR y expresaban el malestar de los radicales ortodoxos y de las facciones progresistas frente a la Hora del Pueblo y el GAN.

En mayo de 1973 el MRN cambió su denominación por Movimiento de Renovación y Cambio (RyC), cuyos principales referentes eran Germán López, Raúl Borrás y Roque Carranza. Según Horacio Jaunarena:

El Movimiento de RyC tenía cuatro cabezas: una cabeza política, Raúl Borrás; una cabeza científica, Roque Carranza; una cabeza ética, con un profundo sentido moral, que era Germán López; y una cabeza que recibía todos los *inputs*, que era el propio Alfonsín, quien en el transcurso de poco tiempo (en el ejercicio del poder), se queda sin estos tres grandes colaboradores.⁴⁸

En 1973 Alfonsín expresó su rechazo a una eventual fórmula Perón-Balbín:

Yo veía mal la posibilidad de que se presentara la fórmula Perón-Balbín porque me parecía que era ocupar un lugar secundario en un momento malo. Creía que era una concepción equivocada desde el punto de vista político, porque si Perón, como todo hacía suponer, fallecía en el mandato, a Balbín no lo dejarían gobernar. Desde luego que había gente importante de la UCR que estaba de acuerdo. Hubieran tenido mayoría para sacar la idea. Pero nunca Balbín me dijo eso: delante mío, lo negó.⁴⁹

Para el jefe de RyC, la actitud conciliadora de Balbín con el PJ era la causa de los fracasos electorales de 1973, debido a que suponía el abandono de la intransigencia partidaria y la postergación del radicalismo a un lugar supletorio en el sistema de partidos. En cambio, para los cuadros tradicionales la tesitura de Línea Nacional resultaba apropiada porque apuntaba a conciliar con el peronismo en el marco de una estrategia de unidad nacional. La idea de unidad en un país convulso explica la derrota de Alfonsín en las internas partidarias de mayo de 1974, quien se presenta a las elecciones con un propósito definido: impedir que el jefe de LN obtenga los dos tercios de votos necesarios para ser reelecto presidente del Comité Nacional. En la provincia de Buenos Aires, LN alcanza 70.994

votos (56,65%) contra 39.316 (31,37%) de RyC, que retrocede 14,24% respecto a las internas de 1972.⁵⁰

El objetivo del jefe de RyC de sumar facciones partidarias a la causa renovadora e impedir a LN el ejercicio del control partidario fue neutralizado por el triunfo de Balbín en las elecciones internas de siete provincias. Empero, Alfonsín sumó un sector valioso: el radicalismo cordobés, que adhirió a la crítica de RyC y obtuvo el respaldo de Illia, quien exigió a Balbín el tránsito de “una oposición constructiva a una oposición crítica”.⁵¹ Su perspectiva consistía en promover un cambio orientado a reposicionar al radicalismo como sujeto activo del sistema partidario:

“habrá que lograr la modernización de la estructura partidaria para obtener las condiciones óptimas que faciliten definiciones precisas y oportunas. Queremos nosotros lo que quiere el radicalismo en su conjunto: reafirmar nuestra vocación de partido mayoritario, haciendo lugar a la necesaria renovación”⁵² y que “Balbín tiene una vieja y meritoria militancia radical, que ha culminado con la docena de años que lleva como presidente del Comité Nacional. Pensamos que, sin desconocer tales antecedentes, ha llegado el momento de renovar la conducción, de ampliar las responsabilidades, de agilizar la acción partidaria y de profundizar las definiciones”.⁵³

A diferencia de Alfonsín, que pretende preparar al radicalismo como expresión orientada a la búsqueda del triunfo electoral y el ejercicio del poder, la lectura interpretativa que Balbín efectúa desde los tiempos de la Hora del Pueblo consiste en que el país demanda un sistema partidario en el cual el PJ se configura como sujeto político activo y triunfador, situando al radicalismo como fuerza pasiva y legitimadora de esta ecuación. En efecto, los gobiernos peronistas

colocaron al radicalismo en el lugar de una oposición débil, sin recursos institucionales de poder, internamente fraccionada alrededor de la estrategia a seguir frente al peronismo y con escaso apoyo de la sociedad.⁵⁴

En esta perspectiva, las malas performances electorales de la UCR en 1973 son producto, entre otras causas, de *l'entente cordiale* con el peronismo. Para el balbinismo, los resultados electorales de ese año no suponen una desilusión política, sino que son interpretados como un sacrificio a favor de la estabilidad institucional.⁵⁵ Este rol es el precio que Balbín pretende hacer pagar a la UCR por su reconciliación con Perón, sacrificio que Alfonsín no estaba dispuesto a asumir. Durante la década de 1970, Balbín consolida su dominio en el esquema partidario mediante la aceptación de un papel accesorio del radicalismo, no ajustado a la búsqueda del éxito electoral sino al fortalecimiento de sus funciones como garante de la estabilidad.

Ante esa realidad partidaria, el jefe de RyC se propone provocar un cambio en el rol que Balbín tiene reservado para el radicalismo y alterar los términos de la ecuación en los que la UCR figura como posibilidad política supletoria del justicialismo. En esa dirección,

Balbín había aceptado lo que podíamos llamar *statu quo* en la relación de fuerzas entre peronistas y radicales. Yo discrepaba con esa actitud. La única política correcta para nosotros era crecer, disputar espacios, esforzarnos para lograr que la UCR pasara a ser la vanguardia de la lucha por la democracia,⁵⁶

perspectiva compartida por las facciones renovadoras:

“Balbín no interpretaba en profundidad los movimientos que se habían producido en Argentina y sobre todo, la influencia de ideas que estaban vinculadas no solo a la democracia política, que él había defendido de manera ineludable a lo largo de su vida, sino también con la noción de que la democracia está íntimamente vinculada con las respuestas que sea capaz de dar desde un punto de vista económico-social, es decir, con la idea de una democracia más vinculada a conceptos de centroizquierda y a la socialdemocracia. En ese sentido, Balbín tenía una visión mecanicista de

la política, casi fatalista, que no supo construir un proyecto de poder para el radicalismo”⁵⁷ y que “[...] Balbín había elevado la derrota a una categoría moral. Alfonsín transforma esa visión de la derrota como categoría moral e introduce una nueva perspectiva en un partido que podía y debía hacerse cargo de la situación política.”⁵⁸

Alfonsín disiente con la perspectiva balbinista de concebir al partido como representativo del antiperonismo. Estima al PJ un “aliado natural” en el sistema de partidos, al enfatizar en la necesidad de defender los dos partidos mayoritarios y en especial al justicialismo, afirmando que “el populismo más lúcido de América Latina había sido el de Perón”. Sostiene que, a pesar de que el peronismo “había producido cambios sociales que ponían de manifiesto la necesidad de considerar los aspectos económicos de los derechos humanos con los sectores más desposeídos”, constituye una fuerza protagonista de una transformación inconclusa en nuestro país.⁵⁹ Reconoce el rol histórico del justicialismo en la integración de las masas a la política, aunque no niega la existencia en su interior de componentes autoritarios:

Es indudable que el peronismo [...] tuvo componentes autoritarios, pero resulta ridículo pretender hacer su análisis sin advertir que produjo cambios sociales que pusieron de relieve la necesidad de considerar los aspectos económicos de los derechos humanos en relación con los más desposeídos.⁶⁰

Su noción sobre el peronismo exhibe una mutación: de haberlo considerado una fuerza autoritaria que había cercenado las libertades y los derechos individuales en 1955 lo estima, dos décadas después, una expresión política necesaria para la consolidación del sistema partidario. Interpreta a este último como un espacio de competencia leal entre el justicialismo y la UCR y como una “forma contemporánea de expresar las grandes tendencias de opinión y de encauzar la com-

petencia propia del juego democrático”, donde los patrones de competencia entre partidos deben mantenerse relativamente estables y posibiliten el ejercicio legítimo del poder.⁶¹ Alfonsín confiere a los partidos un papel central en la mediación entre la sociedad y el poder político, en el marco de la lucha democrática por el poder. Está convencido de la necesidad de consolidar el régimen democrático no solo porque lo considera “el sistema político más justo, más eficaz y conveniente para las sociedades modernas y complejas”, sino también porque “el modelo consagra el sistema de partidos políticos como factor esencial de una democracia efectiva con pleno respeto de los derechos de la oposición y con la alternancia como posibilidad siempre abierta”.⁶²

Su confrontación con el Proceso de Reorganización Nacional

En marzo de 1977 Alfonsín elevó una propuesta de transición democrática que debía desarrollarse en forma convenida entre un presidente designado por el régimen y un primer ministro civil. Procuraba una “salida institucional a la portuguesa” orientada hacia la reconstrucción de un compromiso nacional tendiente a recrear un Estado de derecho (ED) que requería un paso previo:⁶³ esa salida era explicada como

“un período institucional en el que será necesaria la participación directa de las Fuerzas Armadas, que por sí solas nada podrán lograr, y también de la civilidad, que tampoco nada podrá lograr por sí sola”⁶⁴ y que “todos sentimos la necesidad de llevar a buen término este proceso; no se trata de enfrentar a la civilidad con las Fuerzas Armadas”.⁶⁵

Su proposición supone una salida pensada en forma conjunta con la institución militar, en la cual el principio de legi-